

Las afecciones de la Iglesia terrenal o pese a la enseñanza de Jesucristo

Prólogo

Mis ojos destilan ríos de lágrimas,
porque tu ley no se guarda. (Sal 119: 136)

Este nuevo rubro de mi página web continúa el tema que empecé en el artículo “Tragedia del mundo cristiano” publicado, entre otros, en mi libro “El misterio de la Santísima Trinidad”.

¿Por qué vuelvo nuevamente a este tema?

Una vez el Señor eligió para sí Mismo un pueblo espiritual compuesto de las almas justas y lo llamó Israel con el fin que representara su imagen y semejanza. Él Mismo inspiró a Moisés a decir respecto a este pueblo:

“De la cumbre de las peñas lo divisó, de lo alto de las colinas lo contemplo: es un pueblo que vive aparte; *no es contado entre las naciones*. ¿Quién contará el polvo de Jacob, quién numerará la polvareda de Israel? *Muera mi alma con la muerte de los justos, Sea mi paradero como el suyo.*» (Num 23: 9-10).

Ese pueblo no fue “contado entre las naciones”, porque consistía de las personas justas sin importar en la carne de que nación o raza terrenal nacieran sus representantes. Pero sucedió que lo comenzaron a interpretar precisamente según la carne mortal - el hecho que originó muchas alteraciones en la comprensión de la Palabra del Señor y, consecuentemente, en la conducta del hombre, por lo que contemplándolo el salmista dijo antaño con amargura:

“Mis ojos destilan ríos de lágrimas,
porque tu ley no se guarda.
¡Justo eres tú, Yahveh, y rectitud tus juicios!
Con justicia impones tus dictámenes,
con colmada verdad.” (Sal 119: 136-138)

Entonces Dios Mismo, Quién es Espíritu (Jn 4: 24), vino a la tierra en la carne de los que se llamaban *Israel* según la carne, y fundó su Iglesia marcando a la vez, que los miembros de la misma no se definen, según la carne, sino según el espíritu, es decir, pertenecen a Él por su espíritu y no por su carne que muere.

“Así que, en adelante, ya no conocemos a nadie según la carne”, dice al respecto el apóstol. “Y si conocimos a Cristo según la carne, ya no le conocemos así. Por tanto, el que está en Cristo, es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo.” (2 Cor 5: 16-17)

Y, como el mismo apóstol continúa en otro lugar, de haber “despojados del hombre viejo con sus obras” y “revestidos del hombre nuevo, que se va renovando hasta alcanzar un conocimiento perfecto, según la imagen de su Creador”, ya no distinguen a “griego y judío; circuncisión e incircuncisión; bárbaro, escita, esclavo, libre”, pues para el hombre nuevo “Cristo es todo y en todos”. (Col 3: 9-11)

En otros términos, el Señor, igual que antes, denominó a su Iglesia con el mismo nombre *Israel*, pero en esta vez *bien aclaró*, que ese nombre nunca se refería a la carne, sino al espíritu, y cuando Isaías decía respecto de su significado: “El uno dirá: "Yo soy de Yahveh", el otro llevará el nombre de Jacob. Un tercero escribirá en su mano: "De Yahveh" y se le llamará Israel.” (Is 44: 5), hablaba justamente de la filiación espiritual, es decir, de la pertenencia al Señor por el espíritu, y no por la carne.

Y he ahí la misma Iglesia – bajo la cual me refiero a todas sus confesiones y la que es el tesoro más precioso del hombre, su verdadero pan de vida que humaniza al ser salvaje del pecador,- a su vez empezó a sufrir ataques de parte de aquellos, quienes dirigiéndose por los espíritus de la carne, lograron con astucia establecerse en ella para hacerle daño desde dentro. Y ese daño ahora es tan enorme que, contemplándola hoy, un cristiano sincero podría apropiarse las palabras del salmista y decir que sus ojos destilan ríos de lágrimas, porque la Iglesia terrenal no siempre y no en todo guarda la ley del Señor y a menudo pone su propia palabra por encima de la Palabra del Señor, muchas veces ignorada o alterada, según lo que le parece más conveniente y aceptable para el ser humano. Por eso su cuerpo padece de enfermedades surgidas a causa de la ambivalencia que la destruye. Al ver esas enfermedades y muchas veces también la ignorancia, la hipocresía y las ambiciones de los clérigos, una gran cantidad de cristianos que vive en las condiciones de una verdadera confusión de Babel ideológica y no conoce la esencia real de la enseñanza del Salvador, comienza a buscar la verdad fuera de la Iglesia y al perderse en las numerosas concepciones paganas del mundo, imperceptiblemente para sí misma se aleja de Dios, estando en ayunas respecto a las causas y a los verdaderos objetivos de su propia existencia. Sin embargo los que asisten la Iglesia tampoco evitan convertirse en las víctimas de la tentación, porque a causa de sus enfermedades la misma no siempre les permite confirmarse plenamente en la fe y en la verdad.

Alguien me dirá, ¿con qué derecho me atrevo a juzgar la Iglesia? ¿Acaso me creo impecable? A tal persona contestaré: no, no me creo impecable, ni un juez. El Juez es la Palabra del Señor, que la Iglesia muchas veces acentúa selectivamente e interpreta, según el ego humano; los Jueces son los mandados del Señor, que no se cumplen. En cuanto a mí, yo sólo hago recordar esa Palabra, cuando la de la Iglesia entra en el conflicto con ella. Y lo hago como aquel niño que dijo: “El rey está desnudo”, pues veo que la Iglesia ha adquirido la imagen de Jano de dos caras. Una de sus caras expresa la bienaventuranza y santidad que salva y la otra, una funesta hipocresía. Y esto es porque junto con los verdaderos apóstoles se anidaron en ella personas que no aman y no entienden la enseñanza de Jesucristo o que son simplemente indiferentes. Así que, de un lado, la Iglesia representa un arca de alianza que salva y, del otro lado, una nave que haciendo agua lentamente se hunde en el abismo. Para salvarse en el arca y no precipitarse al fondo del abismo junto con la nave haciendo agua, tenemos que aprender a distinguir esas dos caras de la Iglesia, pues en un momento decisivo tendremos que discernir al “Hombre impío” del que se ha dicho que es “el Hijo de perdición, el Adversario que se eleva sobre todo lo que lleva el nombre de Dios o es objeto de culto, hasta el extremo de sentarse él mismo en el Santuario de Dios y proclamar que él mismo es Dios.” (2 Tes 2: 3-4), y al discernirlo, hacer la elección correcta.

Al escribir todo lo que viene a continuación, no persigo el fin de difamar la Iglesia, al contrario, lo hago para intentar a sanarla, hacer que fortalezcan sus ramas sanas y caigan

las enfermas. Y en esto me fío y me apoyo en las siguientes palabras del apóstol y de Sirácida:

“Examinad qué es lo que agrada al Señor, y no participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, antes bien, *denunciadlas*.” (Ef 5: 10-11); “A los culpables, *repréndeles delante de todos*, para que los demás cobren temor.” (1 Tm 5: 20).

“*El que odia la reprensión sigue las huellas del pecador*, el que teme al Señor se convierte en su corazón.” (Si 21: 6)